

¿Cuáles son los libros adecuados para las “repúblicas que crecen en el nuevo mundo”? Juan María Gutiérrez y las traducciones de José Antonio Miralla

Patricio Fontana

Seguramente muchos de los que están acá conocen la *boutade* en la que incurre Miguel Dalmaroni en la primera página de su libro *Una república de las letras*: “La literatura argentina es corta y mala”.¹ Más de un siglo antes, el primer historiador y crítico de la literatura argentina, Juan María Gutiérrez, había confesado, aunque con más reticencia, algo similar. El largo apartado que le dedica a la producción teatral de Juan Cruz Varela en el libro que le consagró a ese poeta en 1870, se inicia con la frase latina: *Parva propria magna*, cuya traducción no literal sería: *lo pequeño, siendo propio, nos parece grande*. Esa frase, sin dudas, podría ser un acertado aunque demasiado irónico epígrafe para casi toda la producción de Gutiérrez sobre literatura nacional, y no solo para las páginas que le consagró a la producción dramática.

Incluso, podría decirse que, de Gutiérrez a Dalmaroni (es decir, a nosotros), un problema de quienes se dedican a investigar la literatura argentina es qué hacer con esa parvedad, con esa escasez, con esa cortedad: cómo desplegarla, para usar un verbo sobre el que se cuestionó en el primer día de estas jornadas. Lo que sigue, puede entenderse como un episodio más o menos pintoresco de ese modesto drama.

Una calle del oeste de la ciudad de Buenos Aires recuerda que existió alguien que se llamó José Antonio Miralla. Miralla nació en 1790, en Córdoba, y murió joven, en México, en 1825. No obstante, en esos pocos años desarrolló una existencia itinerante y miscelánea que recuerda la de algunos personajes de Alejo Carpentier. De muy joven, vivió en Buenos Aires, donde estudió. En 1810, a los 20 años, abandonó el territorio argentino, al que nunca más volvió. Desde ese año, su existencia se despliega en diversos lugares: Perú, España, Inglaterra, Cuba, Estados Unidos y Nueva Granada. En Cuba, donde estuvo desde 1815, no solo se convirtió en un exitoso empresario y comerciante de azúcar, sino que también se interesó en la causa de la independencia de la isla. El peregrinaje entre Estados Unidos, Nueva Granada y México en los últimos

¹ (2006: 9)

tres años de su vida –en los que además se casó y tuvo una hija- estuvo esencialmente asociado a su compromiso creciente con esa causa, en razón de lo cual es reconocido como uno de los precursores de la Independencia de Cuba.²

Juan María Gutiérrez se interesó especialmente en la vida de Miralla; hecho que se corrobora en que escribió no una sino –increíblemente- tres biografías de él, cada una ampliación y corrección de la anterior. Esos tres textos fueron publicados respectivamente en 1860, en 1866 y en 1874.

¿Por qué el interés de Gutiérrez en Miralla? Las razones son, por supuesto, varias, pero entre ellas se destacan dos, muy relacionadas entre sí: una es que Miralla fue, según Gutiérrez, un comprometido patriota. La segunda, que Gutiérrez quiere persuadirnos de que su biografiado fue, también, un literato. Al escribir las biografías de Miralla, uno de los objetivos de Gutiérrez es sumar un habitante argentino a la república Mundial de las letras; y esto, pese a que la producción “literaria” de su biografiado es escasísima: se reduce a unos pocos –poquísimos– poemas, y a la traducción de una elegía de Thomas Gray y a una novela de Ugo Foscolo. En esta ocasión, me detendré especialmente en esta última.

En el cierre del primer texto biográfico que le consagró a Miralla, publicado en *La Revista del Pacífico* en la década de 1850, y luego como parte del libro *Apuntes biográficos de Escritores, Oradores y hombres de Estado de la República Argentina*, en 1860, Gutiérrez culmina su relato con algunas reflexiones sobre la traducción que realizó Miralla en 1822 de *Ultime lettere di Jacopo Ortis*, novela epistolar de Ugo Foscolo, y que publicó en Buenos Aires, una década después de la muerte de Miralla, Patricio de Basabilbaso.³ Gutiérrez se refiere a esta traducción como “el único documento que haya llegado a nuestras manos, medianamente apropiado para dar testimonio de los dotes o de los defectos de su estilo”.⁴ Es decir, no hay demasiados lugares más allá de esta traducción para verificar lo que para Gutiérrez es algo así como una verdad revelada: que Miralla fue un literato, un hombre de letras. Sin embargo, en relación con esta traducción Gutiérrez también insiste en una cuestión que lo obsesiona: el compromiso patriótico del literato. Porque si Gutiérrez, por un lado, considera que la

² El precursor libro que le consagró a Miralla el argentino Eduardo Labougle Carranza (publicado por primera vez en 1924) se titula, precisamente, *José Antonio Miralla: poeta argentino, precursor de la independencia de Cuba*.

³ Foscolo empezó a escribir la novela en 1796. Hay una primera edición, apócrifa, de 1799; la primera edición reconocida por Foscolo es la de 1801. Hay, luego, otras varias ediciones: por lo menos tres de 1802 y una definitiva, publicada en Londres en 1817, por el sello de John Murray.

⁴ (1860: 108)

versión de Foscolo es “fácil y correcta, y conserva transparente, sin daño de la *lingua patria*, las formas mórbidas del original italiano”,⁵ al mismo tiempo opina que fue un craso error de Miralla –un error político o, más precisamente, de política literaria– traducir esta novela epistolar; por ello, afirma

El acierto en traducir del que dio pruebas nuestro compatriota faltole para elegir el objeto de su “principal obra literaria”. La familia enfermiza de *Verther* [sic] pudo llegar vigorosa hasta el umbral del siglo presente; pero hoy no puede tener descendencia en las Repúblicas que crecen en el nuevo mundo, sin ruinas del tiempo sobre sus juveniles espaldas, y que andan alegremente el camino hacia lo venidero en que tantas esperanzas de hoy han de ver cumplidas. (1860: 109)⁶

Vale decir, la traducción de Foscolo es uno de los pocos documentos ciertos, habría que decir palpables, donde puede advertirse el mérito de este literato argentino, de su estilo. Sin embargo, además de un estilo, para Gutiérrez en es misma traducción se debe leer una errónea decisión literaria: Miralla no debería haber traducido la novela de Foscolo. ¿Qué debería haber traducido Miralla? Gutiérrez, sin solución de continuidad, nos da la respuesta: “Miralla habría sido capaz de traer al dominio del habla española los recónditos tercetos de la *Divina Comedia*, como puede juzgarse por la muestra que nos ofrece la versión de las últimas cartas”.⁷ Y en relación con esa mácula o desacierto en la biografía de Miralla, Gutiérrez remata este texto haciendo un llamado a descubrir otros “títulos” que ilustren el “mérito como literato” de este “compatriota”:

Estamos por tanto los argentinos, en el deber de buscar en el rastro de la existencia andariega y desprendida del Sr. Miralla, otros títulos para colocarle en el lugar que le corresponde por su indudable mérito como literato, así como los tiene ya granjeados como patriota, para nuestra gratitud y nuestro cariño. Alentar a otros para que efectúen esas indagaciones es el objeto que nos hemos propuesto al escribir estos ligeros apuntes que reclaman la indulgencia de los lectores.⁸

Así, y como suele hacerlo a menudo en su tarea como biógrafo, en el cierre Gutiérrez opta por la presunción biográfica: en este caso, barruntando la existencia de otros

⁵ (1860: 108, énfasis mío)

⁶ Las palabras entre comillas de la primera oración de este fragmento llevan una nota al pie en la que Gutiérrez aclara: “Así denomina el editor de Buenos Aires la traducción de esas cartas”. Este editor, Patricio de Basabilbaso, que publicó la traducción en 1835, merece un breve apunte biográfico en este mismo libro. Sobre esta traducción ver Weinberg (1977: 23).

⁷ (1860: 108). Gutiérrez se refiere a los fragmentos de Dante que cita Jacobo en sus cartas a su amigo Lorenzo, en las que le cuenta pormenorizadamente los avatares de su relación con Teresa, una mujer comprometida con un novio al que no desea ni quiere.

⁸ (1860: 109-110)

testimonios que reduzcan la importancia de la traducción de Foscolo y apunten los atributos de Miralla como hombre de letras y patriota.

Ese llamado fue, antes que por otro, recogido por el propio Gutiérrez, quien, en años posteriores publicó, como dije, dos biográficas más de Miralla: una en 1866, publicada en la Revista de Buenos Aires, y la otra en 1874, en la *Revista del Río de la Plata*. No obstante, pese a su tenacidad en la búsqueda de documentos, pese al deseo de encontrar esos documentos, Gutiérrez no halló en la producción de Miralla como traductor esos “otros títulos” por los que clamaba –y de cuya existencia parecía estar convencido– en aquella primera biografía escrita a mediados de 1850: títulos que atenuaran el desacierto patriótico de haber optado por traducir la novela *enfermiza* de Foscolo y no algo más adecuado a la lozanía del “Nuevo Mundo” y sus lectores. Y esto porque la otra traducción de Miralla que ahora puede mencionar –la de la “Elegy Written in a Country Churchyard”, de Thomas Gray– tampoco lo satisface en términos patrióticos.

Sin embargo, las afirmaciones que realiza Gutiérrez sobre la traducción de Foscolo en estos nuevos relatos biográficos no son exactamente las mismas. ~~En principio, cuando comenta la traducción de Foscolo utiliza palabras muy similares a las que consigna en la primera biografía, pero en esta ocasión, en vez de optar por el sintagma “lengua patria”, utiliza otro, menos marcado, “lengua castellana”, acaso para despegar a la traducción del problema de la patria.~~

Ahora, ~~Sin embargo,~~ ante la falta de nueva evidencia que le permita rectificar sus apreciaciones sobre las preferencias de Miralla como traductor, postula entonces nuevos argumentos para justificar la elección de la novela de Foscolo (y, también, aunque ahora no me detendré en ello, de la elegía de Gray); presten atención a lo enrevesado de estas reflexiones:

Las dos obras principales a cuya traducción se contrajo Miralla demuestran que en el fondo de su carácter, aparentemente tan jovial, existía una gran predisposición a la melancolía, que le llevaba a preferir en las literaturas extranjeras las producciones que se han llamado del género romántico. Es verdad que la famosa novela de Foscolo respira por todas sus páginas el sentimiento de la patria, las aspiraciones a la libertad y los dolores de la servidumbre política, y que esta circunstancia puede explicar la simpatía del traductor hacia ella. Sin embargo su elección no parece del todo acertada, pues Dortis [sic por Jacopo Ortis] es un personaje de la enfermiza familia de Verther [sic], a quien vencen moralmente los contratiempos y la desgracia hasta precipitarle en la demencia del suicidio.⁹

⁹ (1874: 339).

Ahora, la novela de Foscolo está, por un lado, lo suficientemente nutrida de “sentimiento de la patria” como para que el patriotismo de Miralla permita justificar, siquiera en parte, su elección. Vale decir, ahora Gutiérrez no hace tan solo énfasis en la mórbida historia de amor que se narra en la novela –a partir de la cual declaraba el carácter enfemizo del texto–, sino en el hecho de que su protagonista sea también un joven apasionado por su patria, y desencantado por el destino que esta sufre.¹⁰ Pero, al mismo tiempo, Gutiérrez echa mano de otra justificación, que hace a lo que podríamos llamar el humor del biografiado:¹¹ debe, para ello, suponerle al carácter de Miralla un “fondo” melancólico que ponía en jaque una superficie “aparentemente tan jovial”. Y de esta manera, la faceta como traductor de Miralla, que en los “Breves apuntamientos” introducía ciertas sospechas sobre su imagen biográfica, queda ahora doblemente preservada.

En otras palabras, Gutiérrez termina reivindicando, al menos parcialmente, una tarea de traducción que, en principio, había criticado en términos bastante duros. Pero lo importante es que esa metamorfosis que va de la crítica a la reivindicación no pase por el hecho de que Gutiérrez cambie sus parámetros para definir el valor de ese texto –de esa traducción– sino en que, con el correr de los años, encuentra argumentos para poder apreciar ese texto por las mismas razones por las que, en un primer momento, la había censurado absolutamente. Con agudeza, Jorge Myers señaló hace algunos años una paradoja central de la producción de Gutiérrez: Gutiérrez es, por un lado, alguien que “estableció tácitamente la legitimidad de una concepción que privilegiara la autonomía del campo literario”;¹² sin embargo, en tensión con esa postura, su obra no deja de estar

¹⁰ Para la creación del personaje de su novela, Foscolo trabajó con material autobiográfico; en efecto, él, como su personaje ficcional, se vio muy afectado por el tratado de Campoformio, mediante el cual Napoleón entregó Venecia a la corona austríaca. Al comienzo de la novela, Jacobo, un veneciano, se refugia en las colinas Eugéneas, ubicadas al sur-oeste de Padua, y se muestra muy compungido por el destino de su patria, que es también el suyo: “Nuestra patria ha sido ya sacrificada y todo está perdido. Si nos hacen gracia de la vida, podremos emplearla sólo en llorar nuestras desgracias y nuestra infamia. [...] ¿Tendré que abandonar también este antiguo lugar de soledad, donde aún puedo esperar algún momento de paz sin perder de vista mi desdichado país? Lorenzo, tus noticias me horrorizan, ¿cuántos son, pues, los perseguidos? Y sin embargo, nosotros, los italianos, nos lavamos las manos con la sangre de otros italianos. No me preocupa lo que pueda sucederme: ya nada espero de mi patria, ni de mí mismo; y la prisión y la muerte me encontrarán tranquilos” (26). Si recordamos ahora que la novela circuló en la traducción de Miralla desde mediados de la década de 1830, podemos preguntarnos en qué medida el personaje de Jacobo sirvió a varios proscriptos de la generación del 37 para modelar sus propios personajes como exiliados, por ejemplo en la correspondencia.

¹¹ Me refiero al “humor” en el sentido que recibe el término en la “teoría de los humores”, que postula la existencia de cuatro tipos de caracteres de acuerdo al predominio de alguno de los cuatro humores: la bilis, la bilis negra, la sangre o la linfa.

¹² (Myers 1998: 75)

marcada fuertemente por una concepción de lo literario que era “la postura común de su época”¹³ y que consistía en valorar esta actividad en función de su utilidad política o social; vale decir, que promulgaba “la sujeción del arte a valores externos a su propio fuero”.¹⁴ El modo en que Gutiérrez reflexiona sobre la traducción de la novela de Foscolo es un claro testimonio de esa paradoja o tensión: por un lado, sabe advertir los méritos estrictamente literarios de la traducción; por otro, no deja de censurar la elección de Miralla, o de ensalzarla tímidamente, en términos que se definen estrictamente por la utilidad que ese texto podía tener, o no, en una sociedad joven como la de la Argentina de mediados del XIX, o sea, una de las “repúblicas que crecen en el nuevo mundo”.

Por lo demás, Gutiérrez vuelve a afirmar aquí, como ya lo había hecho en el primer texto que escribió sobre Miralla, que éste habría sido un eficaz traductor de la *Comedia* de Dante;¹⁵ o sea, insiste en que ése, y no el de Foscolo, es el texto que debería haber traducido.

Estas cuestiones en torno a la traducción de *Las últimas cartas de Jacobo Ortis*, y la obstinación de Gutiérrez en que éste debería haber traducido a Dante, y no a Foscolo, se vinculan a una cuestión mayor que, hasta ahora, salvo algún trabajo no del todo convincente, se ha obviado: la absoluta conciencia que tenía Gutiérrez de que una literatura nacional no se construye tan solo con textos originales sino también con la incorporación, vía traducción, de textos canónicos de la literatura universal. Es decir, era consciente de algo que Pascale Casanova, en *La República mundial de las Letras*, analizó con una inteligencia que no siempre se le reconoce; allí, en los apartados que le dedica al fenómeno de la traducción en las literaturas periféricas, afirma: “la ‘intraducción’, concebida como anexión y reapropiación de un patrimonio extranjero, es otro medio de acrecentar el patrimonio [de una literatura nacional]”.

¹³ (75)

¹⁴ (73)

¹⁵ (1874d: 338-339)